

## SERGIO ROJAS CONTRERAS:

“El pasado no es algo que se encuentra a nuestras espaldas alejándose en el tiempo con cada día que pasa, sino que constituye el suelo que pisamos”

*Sergio Rojas Contreras es un filósofo, escritor y académico chileno nacido en 1960 en la ciudad de Antofagasta. En 1984 alcanza el título de profesor de filosofía en la Universidad Católica del Norte (en ese entonces Universidad del Norte). Posteriormente, viaja a Santiago y en 1988 obtiene la licenciatura y magister en filosofía en la Universidad de Chile para que, dos décadas más tarde, en el año 2008, alcanza el grado de doctor en literatura en la misma casa de estudios superiores. Sergio Rojas es catedrático en la Universidad de Chile desde el año 2000 y ha sido considerado como profesor invitado para impartir cursos, charlas y seminarios en el extranjero como en la Universidad de Paris VIII, la Universidad de Texas A&M, la Universidad de Valladolid, la Universidad de San Andrés, la Universidad de Costa Rica, entre otras. Sus principales áreas de investigación son la teoría de la subjetividad, estética, literatura y la filosofía de la historia. Algunas de sus obras más destacadas son “Imaginar la materia: ensayos de filosofía y estética” (edt. Universidad Arcis, 2003), “El problema de la historia en la filosofía crítica de Kant” (edt. Universitaria, 2007) “Escritura neobarroca: temporalidad y cuerpo significativa” (edt. Palinodia, 2010), “La sobrevivencia cínica de la subjetividad” (edt. Cuadro de Tiza, 2013), “Escribir el mal: literatura y violencia en América Latina” (edt. Cuadro de Tiza, 2017), “Tiempo sin desenlace: el pathos del ocaso” (edt. Sangría, 2020) y “De algún modo aún. La escritura de Samuel Beckett” (edt. Pólvora, 2022).*

— *Dentro de sus líneas de investigación se destaca su trabajo sobre estética y teoría de la subjetividad. En este contexto teórico, ¿cómo analiza la relación estética/política en el actual momento histórico en Chile que se encuentra atravesado desde el estallido social hasta el presente giro conservador luego del último plebiscito constitucional?*

El régimen de la representación siempre ha sido un elemento gravitante en la política, tanto en términos de representación política como también en la generación de imágenes, íconos, gráficas asociadas al modo en que nos representamos el devenir y nuestro lugar en el. Por ejemplo, en el tiempo de la Unidad Popular, el trabajo de las brigadas muralistas era muy importante en la producción de un imaginario que contribuyera a la producción de hegemonía. Esta fue una categoría fundamental de la política en el siglo XX, no existía la política sin hegemonía. Esta hacía posible que, por ejemplo, realidades sociales, económicas, culturales distintas se sintieran representadas por una misma opción política. Actualmente los procesos de hegemonía son débiles frente a la emergencia de realidades particulares que no solo no aceptan representaciones demasiado transversales, sino que ellas mismas desarrollan un tipo de sensibilidad que las dispone a seguirse dividiendo. Es en parte lo que se denomina “política de las identidades”. No existen hoy grandes conglomerados políticos, entonces lo que ocurre es que la democracia eleccionaria sigue generando “mayorías” pero sin hegemonía, entonces lo que tienes es un país que va como a la deriva. Pienso que nuestro desafío hoy es reflexionar el curso de los acontecimientos que van desde la revuelta hasta los actuales resultados como siendo parte de un mismo proceso. No estoy seguro de la expresión “giro conservador”, pienso que la diferencia misma entre progresistas y conservadores, como la de izquierda y derecha, está ahora puesta en cuestión. Lo que hay más bien es indignación, frustración, desesperanza, expectativas de corto plazo, es decir, una crisis de la política que se expresa como crisis de la democracia. Lo que parece imponerse hoy es el *orden de lo posible*, y respecto a este unos llaman a aceptar la burocracia política y otros a cuestionarlo todo, pero el futuro parece por ahora cancelado.

— *¿Cómo cambió su vida el 11 de septiembre de 1973?*

Yo tenía 13 años, estaba en Antofagasta, mi ciudad natal. Fueron tiempos de una incertidumbre que yo con mi hermano y mi hermana vivíamos a través de lo que veíamos en mi padre y mi madre, ambos eran profesores y militante del Partido Radical que en ese momento formaba parte de la Unidad Popular. Ambos, además, profundamente admiradores de la persona de Salvador Allende. Mi padre además era dirigente gremial en el Norte. Tener que enterrar libros y revistas en el patio de la casa durante la

noche es una escena que nunca he olvidado. Pero la vida cotidiana nunca se interrumpe, eso es algo sorprendente y he escrito sobre ello. Es decir, luego vinieron los mundiales de fútbol, comenzando por el mundial del 74 y el penal que Caszely yerra, el país completo conectado a la televisión, la época de oro del Festival de Viña en 1980 y 1981, etc. Mientras tanto operan, primero, la DINA y, luego, la CNI. No era una realidad en blanco y negro, sino que, como diría Agamben, predominaba el gris. La literatura chilena de los últimos veinte años ha abordado esto.

— *¿Cómo fue su experiencia universitaria y formación en filosofía? ¿Qué significó y que significa para usted hoy, retrospectivamente, haber estudiado filosofía en el contexto de una dictadura?*

Mis primeros estudios fueron en la carrera de Pedagogía en Filosofía, en la Universidad del Norte (actualmente Universidad Católica del Norte). Recuerdo ese tiempo como intensamente subjetivo, donde instancias tales como crear un taller autónomo de lecturas, ir a una peña o a un Tambo, escuchar una charla sobre la vida en las salitreras, asistir a una obra de teatro itinerante o amanecerse un pequeño grupo en la casa o el taller de alguien conversando, leyendo poesía y escuchando música algo era realmente vital. Después continué estudios en la P. Universidad Católica de Chile. En ese tiempo, filosofía estaba en el Campus Oriente. Fue también una experiencia muy rica, donde la comunicación personal, las afinidades de intereses, el diálogo que se producía en los cursos era fundamental. La mirada retrospectiva hacia esos años, me refiero hacia fines de los 70 y comienzos de los 80, es, en cierto sentido, muy extraña: no existía Internet, tampoco las computadoras personales, no existían posgrados, ni Fondecyt ni Fondart y estábamos en dictadura. Quien no estuvo allí difícilmente puede llegar a hacerse una idea de cómo fue ese tiempo. Por ejemplo, hoy es prácticamente imposible imaginar la vida cotidiana sin telefonía celular y RR.SS. Pero en la cotidianeidad de todo ese tiempo fueron fundamentales las revistas APSI, Análisis, Pluma y Pincel, Cauce, Hoy, y periódicos como Fortín Mapocho y el Diario La Época hacia finales de los 80.

— *¿Qué narrativa se fue tejiendo, cree usted, durante la parcelación de las Universidades en la época de la dictadura? Por ejemplo, las divisiones de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica de Chile, entre otras*

Existía poca comunicación entre las universidades. El “relato” es que la Universidad de Chile había sido desmantelada por la dictadura, lo cual, por supuesto, no era solo un relato. Otro “relato” es que Filosofía en la Universidad Católica gozaba de cierta autonomía debido a que allí algunos académicos eran importantes adeptos al régimen militar. Recordemos también que allí

estuvo la cuna del gremialismo. Yo hice mi Licenciatura y Magíster en el Departamento de Filosofía de la Universidad Católica, y tengo memoria de que la vida académica en el Campus Oriente era como “hacia adentro”, como en una especie de “microclima”. Era en todo caso un ambiente donde había mucha relación entre el estudiantado de Historia, Literatura, Filosofía y Teatro. Debo considerar también que tenía una vida familiar muy intensa, me refiero a que cuando la dictadura termina yo y Patricia ya teníamos dos hijos y una hija. Estas circunstancias son importantes cuando se hace memoria de ese tiempo, de lo contrario uno comienza a hablar desde lo que ha investigado y reflexionado con posterioridad a esa época.

— *Como filósofo y escritor, ¿cómo lee usted el escenario actual de Chile a la luz de los 50 años del golpe de Estado?*

Para reflexionar el presente, en la perspectiva de los 50 años de Golpe de Estado, es esencial tener a la mano el complejo proceso que fue la transición desde la dictadura a la democracia en los 90'. El punto no es solo cómo se hizo la transición, sino el hecho mismo de haberse propuesto una *transición*, es decir, evitar hacer o imponer un “corte” dado que esto simplemente no era posible. Que Pinochet, uno de los dictadores más despiadados de la segunda mitad del siglo XX, haya dejado el gobierno porque perdió un plebiscito es algo que en principio ha de parecernos simplemente insólito. Sin embargo, ello sucede después de que ya se había producido la institucionalidad de las prácticas neoliberales; es decir, si Pinochet después de ello permanecía en el poder, ello solo podía operar en contra de las reglas del juego que la dictadura ya había establecido desde la Constitución del 80 en adelante. Ya había transformado estructuralmente al país. Durante los primeros años de la transición, la memoria y la tarea de investigar y hacer justicia “en la medida de lo posible” fue como una especie de cohesionador en la ciudadanía. Sin embargo, ya se había instalado el poderoso germen del individualismo que hoy emerge por doquier. Las Isapres, las AFP, la proliferación de universidades privadas, la “libertad sindical”, la Municipalización, etc., son fruto de ello. ¿Quién quiere ir hoy a una “reunión de apoderados” en el colegio? El lema de Milton Freedman “libertad para elegir” se consolidaba como sentido común y como simulacro de “autonomía”. La consecuencia de esto es la condición de *desarraigo* social, político, cultural, histórico en el que viven las personas hoy, cuando lo que mueve al electorado son cada vez menos las convicciones ideológicas, y cada vez más los intereses particulares; cada vez menos las esperanzas, y cada vez más las expectativas. Obviamente no veo con optimismo el presente, pero tampoco con pesimismo. “Optimismo” y “pesimismo” son maneras de acomodarse y descargarse de la tarea de pensar.

— *¿De qué forma cree que siguen apareciendo temporalidades anacrónicas a propósito de estos 50 años del golpe de Estado?*

Lo de “anacrónico” se refiere a algo que no corresponde al tiempo al que se lo atribuye o en el que cree reconocerse. En este sentido, parecen anacrónicas varias de las relaciones o analogías que se establecen entre las crisis del presente y el tiempo en que sucedió el Golpe de Estado. Sin embargo, pienso esto amerita ensayar otras concepciones del devenir, es decir, no representárselo solo como un curso periodizado de acontecimientos donde las “épocas” se suceden entre sí, sino como estratos que se superponen. En este sentido, el pasado no es algo que se encuentra a nuestras espaldas alejándose en el tiempo con cada día que pasa, sino que constituye el suelo que pisamos. Lo que sucedió hace cincuenta años es algo que todavía intentamos comprender. La denominada “vía chilena hacia el socialismo” fue un hecho inédito en el mundo. La vía armada que algunos sectores de izquierda sostenían no era posible, pues el ejército no se iba a dividir, la democracia era la única vía. Los hechos mostraron que esta vía tampoco era posible. En ese momento *lo imposible hizo historia*, la democracia colapsó y sobre esa imposibilidad -también sobre lo irreparable- se fue constituyendo el tiempo que hoy vivimos. Tal vez la idea moderna de revolución murió con el siglo XX, pero esa “muerte” está alojada en nuestro presente. Hoy vivimos una crisis radical de la democracia, pero no es la crisis que sucedió en 1973, sino que es consecuencia de esta. No se trata simplemente de corregir nuestras ideas acerca del pasado, sino de elaborar nuevas ideas, de transformar el pensamiento que hemos heredado de la modernidad.